

75  
Emilio Ortiz Grognet



# El mejor tesoro

DRAMA EN UN ACTO

Estrenado en el Teatro Nacional la noche  
del 2 de Agosto de 1907



BUENOS AIRES

205816 — TALLERES DE LA CASA JACOBO PEUSER

1907



101-4-75

# EL MEJOR TESORO

DRAMA EN UN ACTO



DEL AUTOR

---

DONACION  
DE  
E. GARCIA VELLOSO

## TEATRO

**El conjuro.** — Drama neo-clásico. Tres actos, en verso. 1900.  
Inédito.

**En la sombra.** — Comedia en un acto. « Ideas », 1905. Tina di  
Lorenzo. Teatro San Martín.

**El mejor tesoro.** — Drama en un acto. « Revista de Derecho,  
Historia y Letras ». Agosto 1907. Teatro Nacional.

**Lunáticos.** — Paso dramático en un acto. Inédito.

**Hogar de antaño.** — Comedia en un acto y dos cuadros. Inédita.

## EN PREPARACIÓN

**Susana.** — Comedia en tres actos.

---

Al querido Maestro Juan José García  
Velloso. aff

Emilio Ortiz Grognet



# El mejor tesoro

DRAMA EN UN ACTO

Estrenado en el Teatro Nacional la noche  
del 2 de Agosto de 1907



BUENOS AIRES

205816 — TALLERES DE LA CASA JACOBO PEUSER

1907



## PERSONAS

## ACTORES

Don Teodoro Vélez, abogado, 56 años. . . GUILLERMO BATTAGLIA  
Delfina, su esposa, 31 años . . . . . ANGELA TESADA.  
Augusto, el hijito, 5 años. . . . . ANTONIO PODESTÁ.  
Ricardo Martens, estudiante, 24 años. . . JULIO ESCARCELA.  
Miss Nora, gobernanta, edad indefinida . . HAYDÉE VALENTI.

Época contemporánea.





# EL MEJOR TESORO

## DRAMA EN UN ACTO

### ESCENA

Una salita toilette, lujosa, perfumada y clara. Puerta en el foro que da á un pasillo interior. A la derecha, entre dos puertas, un tocador de alto espejo. En primer término, á la izquierda, otra puerta y un escritorio. Fuego en la estufa. Una lámpara de pie expande entre blondas su luz recatada. Los tapices muelles y discretos, los muebles ligeros, los mil objetos complicados y banales, son fiel trasunto del ser que los ha reunido y dispuesto. Así que el coqueto santuario debe ser elocuente como un alma desnuda.

### ESCENA PRIMERA

Don Teodoro. — Augusto. — Miss Nora. — (*Don Teodoro, vestido de frac, sentado al escritorio, termina una carta*).

AUGUSTO. — (*Entrando de puntillas por el foro*). ¡Papá, papá!

D. TEODORO. — ¿Qué hay, hijito?

AUGUSTO. — (*Fingiendo pucheros*). Miss Nora me ha dejado sin postres.

D. TEODORO. — ¿Sin postres? ¿Y donde está Miss Nora?

AUGUSTO. — (*Con picardía*). Me anda buscando...

D. TEODORO. — Conque te escondes, diablito. ¿Y por qué? (*alzándolo*) ¿Has hecho alguna travesura?

AUGUSTO. — No quiero dar la lección.

D. TEODORO. — ¡Ah, no, no! Eso sí que no.

AUGUSTO. — ¡Sí, sí sí...! Un poquito de caballito, papá.

D. TEODORO. — Tampoco, me ajarías la pechera.

AUGUSTO. — El chaleco de Ricardo es más lindo que éste.

D. TEODORO. — ¿Sí? . . .

AUGUSTO. — Sí. Este es negro, con botones de trapo.

D. TEODORO. — Y el de Ricardo?

AUGUSTO. — Es de seda, con botones de mujer.

D. TEODORO. — ¿De mujer?

AUGUSTO. — Sí, de oro.

*(La voz lejana de Miss Nora).*

¡August! ¡August!

D. TEODORO. — Ya está ahí.

AUGUSTO. — Yo no quiero, papá.

D. TEODORO. — Hay que estudiar, mi hijito, para ser hombre de provecho. No dices que quieres ser abogado como yo.

AUGUSTO. — Ahora quiero ser vendedor de diarios.

*(Miss Nora en el pasillo).*

¡August! ¡August!

D. TEODORO. — Para correr por las calles, no, lejos de su institutriz. Bueno, ya te han encontrado; ahora *(besándolo)* á cumplir con sus deberes, ¿no es así?

AUGUSTO. — Sí, papá,

*(Entra Miss Nora. La cadenilla de los lentes prendida á sus cabellos rojos y el llavero de su cinturón, se agitan con los estremecimientos de una ira reconcentrada).*

MISS NORA. — ¿Con que permiso?

AUGUSTO. — ¡Qué le importa!

MISS NORA. — *(Temblando)*. ¡No, Augustito! ¡Augustito, no!

AUGUSTO. — ¡Gata!

D. TEODORO. — ¿Qué es eso, niño?

VOZ DE DELFINA. — ¡Nene, nene! . . .

D. TEODORO. — Vaya donde le llama su mamá.

*(Sale el chico por la primera puerta haciendo burlas á la gobernanta).*

- MISS NORA. — ¡Que niño, caramba, que niño!
- D. TEODORO. — (*Tomando un sobre*). ¿No sabe si está el señor Martens?
- MISS NORA. — (*Mirando por el pasillo*). Hay luz en el escritorio.
- AUGUSTO. — (*Entrando, á Miss Nora*). Mire, tengo pastillas para la tos, mejores que arroz con leche.
- MISS NORA. — (*Dando un salto le toma de un brazo*). ¡A dar lección!
- D. TEODORO. — Obedezca, hijito.  
(*Miss Nora arrastra al niño hacia la puerta derecha de segundo término*).
- AUGUSTO. — (*Plantándose ante la estufa*). Miss Nora, ¿por qué quema el fuego?
- MISS NORA. — (*Con suficiencia pedagógica, después de recapacitar unos segundos*). Porque es caliente, Augustito. (*Mutis de ambos*).
- D. TEODORO. — Que gracioso. (*Breve pausa mientras relea la carta con una sonrisa de satisfacción*).

## ESCENA II

Don Teodoro. — Ricardo.

- RICARDO. — (*Por el foro, en traje de calle; trae un voluminoso expediente*). Con permiso, doctor.
- D. TEODORO. — ¿Ricardo? Acababa de preguntar por tu vida. Te hemos extrañado esta noche en la mesa. Siéntate.
- RICARDO. — Gracias.
- D. TEODORO. — Mira, escribía á tu padre. He recibido una postal suya, me dice que ha conseguido licencia y pasará una temporada en Suiza. ¿A qué dirección se la mandaré?

RICARDO. — Directamente á la Legación, de allí se la enviarán, es más seguro.

D. TEODORO. — Por cierto, sí. (*Escribe el sobre*).

RICARDO. — Estuvo dos veces Mr. Brown á buscarlo en el estudio.

D. TEODORO. — ¿Qué quería?

RICARDO. — No lo dijo.

D. TEODORO. — ¿Y el asunto de L. Grambona y C<sup>a</sup>?

RICARDO. — Este es el expediente; quería consultarle sobre un punto de tramitación.

D. TEODORO. — (*Hojeando el legajo*). Está bueno; hablaremos mañana.

RICARDO. — Muy bien.

D. TEODORO. — ¿Hiciste el escrito al Juez de Comercio?

RICARDO. — Está terminado.

D. TEODORO. — Habrá que presentarlo cuanto antes.

RICARDO. — Solo falta que usted lo firme.

D. TEODORO. — Bien. . . ¿Y dónde has comido esta noche?

RICARDO. — En el Club, con Ramírez.

D. TEODORO. — Pero veo que no estás vestido; supongo que irás al teatro; cantan «Manón».

RICARDO. — He cedido mi butaca para evitar tentaciones. Se aproxima la colación de grados y quiero dedicar mis veladas á la tesis.

D. TEODORO. — ¿Optas al premio?

RICARDO. — No, doctor, no.

D. TEODORO. — Pero no quieres tampoco salir del paso como la generalidad de los estudiantes, con una banalidad cualquiera.

RICARDO. — Aspiro á presentar un trabajo meritorio.

D. TEODORO. — Haces bien; eso es justo, serio y hasta necesario. La tesis debe ser como una credencial en la diplomacia severa de las leyes; es el acta que acredita un noble esfuerzo y conmemora el coronamiento de una carrera:

RICARDO. — Sí, señor.

D. TEODORO. — ¿Sobre qué escribes?

RICARDO. — Todavía no he empezado. Selecciono por ahora materiales. Versará el tema sobre *Matrimonio. Legislación comparada*.

D. TEODORO. — Gran tema, un excelente asunto.

RICARDO. — Me seduce.

D. TEODORO. — La sabia legislación de los romanos. . .

RICARDO. — Ya que hablamos del asunto, le pido, doctor, que apadrine mi trabajo; será para mí una satisfacción.

D. TEODORO. — Y para mí un honor; con todo gusto.

RICARDO. — Muchas gracias (*pequeña pausa*).

D. TEODORO. — (*Ofreciendo*). ¿Un cigarrillo?

RICARDO. — No, doctor.

D. TEODORO. — Sin cumplimientos; ya sabes que á Delfina no le disgusta el olor del tabaco.

RICARDO. — Le acompañaré. (*Toma un cigarrillo y presenta un fósforo encendido á Don Teodoro*).

D. TEODORO. — Enciende tú.

RICARDO. — (*Insistiendo*). Sírvase.

D. TEODORO. — (*Se pone de pie y con meticulosidad de hombre ordenado, arroja la cerilla al hogar de la estufa. Paseándose*). ¿Con qué te seduce el tema?

RICARDO. — Mucho.

D. TEODORO. — ¡El tema! ¿Y la realidad?

RICARDO. — No he pensado todavía.

D. TEODORO. — Hay que pensar.

RICARDO. — Tengo tiempo.

D. TEODORO. — Pero tienes que aprovecharlo. Escúchame á mí. Yo también tuve tiempo y un buen día ví que el natural, el equitativo, hacía muchos años que había pasado. Gracias que una decisión de última hora me salvó, al

menos á medias, y mi vida ha alcanzado á tener un objeto y un fin: mi mujer y mi hijo. Pero aquí me tienes á los cincuenta y seis años cumplidos, con un primogénito de cinco, al cual no tendré ni la satisfacción ni la dicha de ver hecho hombre.

RICARDO. — ¿Pero, porque no, doctor?

D. TEODORO. — Porque dentro de quince años seré yo, si soy, demasiado viejo, y los viejos tenemos que dejar el campo á las nuevas generaciones, es la ley.

RICARDO. — No replico, pero me aventuro á vaticinar que Augustito, hombre ya, será el consuelo y la alegría de sus días.

D. TEODORO. — ¿No ves, Ricardo? Tienes que aventurar y vaticinar, es decir, valerte de dos cosas inciertas, de dos simples probabilidades.

RICARDO. — En la vida se yerra tanto menos cuanto más se conjetura. . .

D. TEODORO. — . . . Y se sufre menos también porque ya se ha previsto tácitamente lo adverso ¿no es verdad?

RICARDO. — Sí. . .

D. TEODORO. — Y bien; si en lugar de ofrecer mi medio siglo á las primaveras de Delfina, hubiera rendido el bien de mi juventud á otra mujer, tú no tendrías necesidad de vaticinar, constatarías la realidad puramente; mi hijo sería un hombre; quizás en visperas de rendir su tesis como tú.

RICARDO. — Lo uniforme quitaría variedad al conjunto.

D. TEODORO. — En estas cosas, lo uniforme, lo común, es lo único conveniente. Sigue mi consejo. Ahora te recibes y en posesión de un título, rico como eres, encontrarás, á poco buscar, una linda muchacha, digna de tí. Sobre esos ca-

rriles, normalizas tu vida, y seguro de tu presente, marchas seriamente á la conquista de tu porvenir, que será, á su vez, la hermosa realidad de tus hijos. ¿No es este un bello programa?

RICARDO. — Bello como todos los programas.

D. TEODORO. — (*Palmeándolo*). Pues á ponerlo en práctica, mi amigo. En su última carta tu padre me pedía informes de tus estudios y alguna impresión de tus sentimientos. . .

RICARDO. — Cosas de mis hermanas. . .

D. TEODORO. — Yo le doy cumplidas noticias de lo primero; á tí te toca informarle de las cosas de tu corazón. Mira, (*tomando el pliego*). Aquí tienes la carta; entérate, mientras yo voy á la biblioteca.

RICARDO. — Tanta confianza. . .

D. TEODORO. — Te prestaré un libro, un viejo libro. Es un resumen de León el Filósofo, impreso en el siglo XVII; un incunable. Te será muy útil para la tesis. Ya tú sabes que las nuevas ideas se sacan casi siempre de los viejos folios.

RICARDO. — ¿Por qué se incomoda, doctor?

D. TEODORO. — Lee mi carta. Yo ya vuelvo.  
(*Váse por puerta izquierda*).

### ESCENA III

Ricardo — Luego Delfina.

RICARDO. — ¡Es un suplicio! ¡Qué irrisión!  
(*De pie, junto al escritorio, empieza á leer. Delfina entra por la derecha, primer término, vistiendo un peinador de cintas profusas. Con andar de felino se aproxima al joven y le da un beso pasional y furtivo*).

RICARDO. — ¡Delfina! ¡Por favor!

DELFINA. — Bésame.

RICARDO. — ¡Qué locura!

DELFINA. — (*Adorable y diabólica, declamando*). « Bésame con el beso de tu boca ».

RICARDO. — (*Con un beso temeroso al par que ardiente*). Mira, le escribe á mi padre. Que negra traición la nuestra. ¡Soy un infame!

DELFINA. — No, amor, la única infame soy yo. (*Tomándole una mano y mirando á lo lejos por la puerta entreabierta*). Pronto, lee, ¿que dice?

RICARDO. — (*Leyendo*). « Querido y viejo amigo: Con el placer de siempre recibí su atenta... »

DELFINA. — Pasa eso.

RICARDO. — « El adelanto de nuestro país es imponderable; una corriente de progreso... »

DELFINA. — Pasa.

RICARDO. — « Su hijo es todo un excelente muchacho... »

DELFINA. — ¡Ahí!

RICARDO. — ¡Dolorosa ironía! (*pausa*).

DELFINA. — Sigue... A ver. (*Leyendo*). « ... un excelente muchacho. Serio y bueno, tiene un alto concepto de la vida y una gran estimación de sí mismo. Con estas dos simples, aunque raras cualidades, se triunfa siempre; por desgracia, nuestra juventud... »

RICARDO. — ... ¿Estimación de mí mismo? Ciertó; debió ser muy grande cuando tiene la virtud de ir convirtiéndose en desprecio.

DELFINA. — ¿Desprecio?

RICARDO. — Mucha vergüenza de mí mismo, un doloroso desprecio.

DELFINA. — ¿Pero, por qué?

RICARDO. — ¡Por qué! ¿Y tu me lo preguntas, Delfina?

DELFINA. — ¿Qué piensas, dime? Yo no quiero que pienses. Vamos, sigue leyendo.



RICARDO. — « Tengo en mi casa un ángel y un angelito, un pájaro divino y una fuente encantada donde bebe mi alma, mientras trina dentro de mí una suave y perenne alegría ».

DELFINA. — ¡Que lindo!

RICARDO. — « He nombrado en esa fuente y en ese pájaro á mi mujer y á mi hijo. Ya ve usted que la dicha del hogar ha convertido en poeta á este su viejo amigo que no leyó nunca otro romance que el de las « Siete Partidas ». Perdóne á mi egoísmo de hombre feliz la ingenuidad de estas líneas. . . » ¡Siento como un suplicio terrible!

DELFINA. — No me mires así.

RICARDO. — Te quiere, te adora como se adora á una santa.

DELFINA. — ¿Y crees que yo no le quiero?

RICARDO. — ¡Tú!

DELFINA. — Sí, le quiero y le respeto.

RICARDO. — No agrandes nuestro pecado. ¿No comprendes? . . .

DELFINA. — Yo no comprendo nada, pero le quiero y le respeto porque es generoso y bueno, porque es el padre de Augusto. ¿Que le engaño? . . . Sí, era fatal.

RICARDO. — ¡Calla, calla!

*( Desde este punto la temerosa obsesión que gravitaba sobre la escena se hace más notable ).*

DELFINA. — ¡Oh, no quiero que me desprecies, Ricardo! Tú lo sabes. Entre mi madre y mis hermanas me casaron. En los lujos de mi casa se iban las últimas hectáreas del campo que labraron los abuelos. Las ilustres señoritas de Alarcón rodaban fatalmente á la miseria, pero yo era linda y el negocio fácil, me vendieron.

RICARDO. — No digas eso.

DELFINA. — Me vendieron. El brillo del apellido sigue deslumbrando, mis hermanas tienen siempre su palco.

RICARDO. — Pueden oírnos.

DELFINA. — Y orgullosa de ser la providencia de los míos, fui tranquila al sacrificio, dispuesta á amar á mi marido, á ser en cuerpo y alma el tipo de la « Perfecta casada ».

RICARDO. — No busquemos disculpas.

DELFINA. — Yo era feliz, creía ser feliz con mis trapos, mis joyas y mis fiestas; vivía tranquila, sin sobresaltos ni deseos, pero llegaste tú. . .

RICARDO. — ¡Destino!

DELFINA. — . . . pero llegaste tú y sentí de pronto los retorcijones de hambre de mi corazón.

RICARDO. — ¡Delfina!

DELFINA. — Personificabas el novio ideal, eras el príncipe de ternura y de gracia en el cual se sueña cuando se tienen quince años. Los corazones de todas las muchachas tienen un héroe así.

RICARDO. — Puede venir.

DELFINA. — Aprecié la orfandad de mi alma, la nada de mi vida, la aridez de mi falsa ternura, la gran mentira de mis sentimientos.

RICARDO. — ¡Delfina!

DELFINA. — La pasión me quemaba y fui yo, sí, fueron mis ojos los que persiguieron los tuyos, fueron mis labios los que sin hablar, solicitaban, fui yo toda entera, por inconscientes impulsos, como una seducción viva. ¿No es verdad que fui yo, Ricardo?

RICARDO. — ¡La fatalidad!

DELFINA. — La fatalidad no, el amor, mi amor, pero ¿qué tienes?

RICARDO. — Nada ¿No has sentido?

DELFINA. — Sí, ya viene. Pronto, un beso, un beso aquí.  
( *Indica el sitio, detrás de la oreja* ).

RICARDO. — Es capricho el tuyo.

DELFINA. — ¡Aquí!

RICARDO. — ¡Oh, Delfina! ( *Con inusitada fiebre le da el beso pedido y muchos más* ). ¡Estoy loco! ¿que fatal atracción ejerces sobre mí que no puedo dejarte, olvidarte? ¡Me has robado la voluntad! ( *Besándola* ). Eres una carga puesta sobre mi alma; eres el abismo donde se pierden mi vida, mis principios y con todo. .

DELFINA. — ¿Qué?

RICARDO. — Que te quiero siempre más, que moriría sin tí.

DELFINA. — ( *Transfigurada* ). ¿Mañana?

RICARDO. — ¡Sí!

DELFINA. — ¿A las cuatro?

RICARDO. — Sí, sí, vete.

DELFINA. — ( *Mordiéndola una cinta* ). Ricardo, hasta mañana.

RICARDO. — Adiós y prudencia. . .

DELFINA. — ( *Retrocediendo* ). No tiembles, cobarde.

RICARDO. — Temo por ti, por tí.

DELFINA. — ( *Entre los pliegues del cortinado, enviándole besos con la mano* ). ¡Cobarde, cobarde!  
( *Mutis* ).

#### ESCENA IV

Ricardo — Luego Don Teodoro y después Delfina.

RICARDO. — ¡Cuánto sobresalto! ¡Ah, corazón! ( *Constata la corrección de su persona ante el espejo y posesionándose aparentemente de una calma perfecta, remueve con las pinzas los lenños mortecinos de la estufa* ).

D. TEODORO. — (*Trayendo varios libros*). Disculparás mi tardanza; pensé que también estos podrían servirte de buenos colaboradores y me puse á buscarlos.

RICARDO. — Pero, doctor. . .

D. TEODORO. — Este es el resumen.

RICARDO. — Muchas gracias.

D. TEODORO. — Aquí tienes una recopilación muy buena y este otro es la historia del «Vínculo» á través de las sociedades y del tiempo.

RICARDO. — Interesante.

D. TEODORO. — Sí, es curioso, hojéalo. Fíjate que como buen libro de español y de fraile, encara el asunto desde Adán; pasa en seguida á la tribu y con estilo lleno de figuras, filosofa después ante los viejos imperios.

RICARDO. — Le agradezco mucho.

D. TEODORO. — Te recomiendo la parte del Asia, la India especialmente.

RICARDO. — La leeré con atención.

D. TEODORO. — Es una mezcla de historia y de leyenda. Sacarás en consecuencia que como institución social, ha sido más ó menos la misma en todas partes. Sacramento, contrato, rito, los problemas que hoy nos apasionan y que dimanan de su esencia, se los planteaban ante sus conciencias primitivas nuestros antecesores de la edad de piedra.

RICARDO. — Creo lo mismo, doctor. En el fondo los hombres hemos cambiado muy poco.

D. TEODORO. — Nada, y no cambiarán nunca, como el agua, la tierra y el aire, elementos inmutables y primordiales de la creación. . . (*Llamando*).  
¡Delfinita!

Voz de DELFINA. — ¿Qué hay?

D. TEODORO. — Es algo tarde.

Voz de DELFINA. — Un momento.

D. TEODORO. — Figúrate que desde que me casé, «Ma y todas las óperas no tienen para mí más dos actos.

RICARDO. — A muchos les pasa lo mismo.

D. TEODORO. — A muchos, sí ¿qué se le va á hacer ?

RICARDO. — Es la vieja costumbre.

D. TEODORO. — Una mala costumbre. En Inglaterra...

RICARDO. — Todavía no le he dado las gracias, de por los buenos conceptos que le me es usted demasiado amable.

D. TEODORO. — No digo sino lo justo y con eso doy una satisfacción á tu padre.

RICARDO. — Mil gracias.

D. TEODORO. — De nada. Mira, traeme el escrito para ma y puedes hacerme el favor de con ahora mismo al « Sindicato minero » : fi ambas cosas antes de salir; recuerdo que no podría hacerlo mañana.

RICARDO. — Muy bien. Dejaré aquí el expediente y vez más, gracias por estos libros. Ve con la carta.

D. TEODORO. — Te espero.

DELFINA. — (*Entrando, vestida de gala, con un co, las manos*). ¿Estarías impaciente, Te ¿Ricardo? ¿Cómo está?

RICARDO. — Para servir á usted, señora.

D. TEODORO. — Esta noche no recibiremos su visita en tro palco.

DELFINA. — Ya lo veo, pero, qué tiene, lo noto m lido que de costumbre.

RICARDO. — Nada, señora, nada.

D. TEODORO. — Al hombre le preocupa su tesis.

RICARDO. — Algo, sí. Con permiso.

DELFINA. — Usted lo tiene.

D. TEODORO. — Cuatro palabras en esa carta, concisión

RICARDO. — Sí, doctor. (*Mutis foro, pequeña pausa*).

DELFINA. — Que muchacho tan retraído.

D. TEODORO. — Me explico que lo esté, prepara las pruebas finales. Me habló el otro día que pensaba dejarnos.

DELFINA. — (*Colocando el cofre sobre una de las repisas del tocador*). ¿Cómo?

D. TEODORO. — Sí; su amigo Ramírez le ha propuesto alquilar juntos un departamento. Me lo explico, se trata de un joven soltero.

DELFINA. — Pero con nosotros goza de entera independencia. Debes disuadirle de esa idea; al fin esta es la casa de su familia y él tiene las habitaciones que ocupó siempre, ¿qué más quiere?

D. TEODORO. — Es lo que yo le he dicho.

DELFINA. — ¿Es muy tarde ya?

D. TEODORO. — Todavía llegaremos á tiempo.

DELFINA. — Estaré pronta en un momentito. ¿Qué tal estoy así?

D. TEODORO. — (*Que recorre el cuarto haciendo arder un papel perfumado, se detiene con un gesto de adoración tranquila*). Como siempre.

DELFINA. — ¿Y te gusta el peinado? ¿Me sienta á la cara este *devant Pompadour*?

D. TEODORO. — El último peinado que te haces es siempre el más lindo.

DELFINA. — (*Empolvándose*). *Monsieur Péricaud* es un gran artista.

D. TEODORO. — Lo creo, sí.

DELFINA. — Me ha prometido una novedad para la noche de las fiestas patrias; tiene el capricho de hacerme una cabeza *Renacimiento*.

D. TEODORO. — Una novedad vieja, del año mil cuatrocientos cincuenta y tantos.

DELFINA. — Sí, pero será una novedad porque seré la

- D. TEODORO. — (*Sentado, hojeando unas revistas de modas*).  
¿Te place ser la única?
- DELFINA. — (*Pasando concienzudamente un cepillito por sus cejas*). ¿A quien no le gusta distinguirse?...
- D. TEODORO. — Tienes razón.
- DELFINA. — (*Empastando la punta de sus dedos*). Que buenos esos papelitos, que rico perfume, parece incienso.
- D. TEODORO. — He perfumado tu altar, Delfinita.
- DELFINA. — ¿Mi altar?
- D. TEODORO. — Sí; no eres la imagen que venero y adoro?
- DELFINA. — (*Puliéndose las uñas*). Toda la vida, siempre, la misma galantería.
- D. TEODORO. — Siempre, toda la vida.
- DELFINA. — (*Con un vaporizador*). ¿Quiéres un poquito?
- D. TEODORO. — Como no.
- DELFINA. — (*Pulverizando*). Cierra los ojos.
- D. TEODORO. — Basta, basta. Muchas gracias. Rico extracto.
- DELFINA. — Violetas de Rusia. *Brisodia Imperial*.
- D. TEODORO. — Intenso, delicado.
- DELFINA. — (*Otra vez en la tarea de frotarse las uñas*). Está de moda.
- D. TEODORO. — En ese cajoncito te he puesto la bolsa de bombones recién llegados.
- DELFINA. — ¡Ah, muchas gracias! Toma, llévala con el estuche de los gemelos.
- D. TEODORO. — (*Colocando ambas cosas sobre una mesita*). Bueno y apurémonos un poquito.
- DELFINA. — ¿Qué no tiene que traerte Ricardo unos papeles?
- D. TEODORO. — Sí, no ha de tardar.
- DELFINA. — (*Escogiendo en el cofre*). ¿Me pondré estos aros?
- D. TEODORO. — Los que tu quieras; esos.
- DELFINA. — (*Prendiendo los pendientes*). ¿Cómo haría

yo para tener coloradas las orejas como las de Rosarito?

D. TEODORO. — Rosarito se las pintará. Yo conocí á su mamá, misia Antenora Pastrana; tenía la buena señora la piel bastante morena.

DELFINA. — ¿Qué me cuentas? ¿Era mulata la madre de Rosarito?

D. TEODORO. — ¿Y eso te asombra?

DELFINA. — ¿Pero cómo no me voy á asombrar, Teo? La señora á la moda, la reina de las fiestas.

D. TEODORO. — Nuestro país es un gran crisol; esas cosas se olvidan bien pronto.

DELFINA. — Tan pronto que yo no me lo hubiera figurado nunca. Abróchame el collar ¿quieres?

D. TEODORO. — (*De pie, con unción de oficiante*). Para el día de tu santo te regalaré otro hilo; las perlas dan mucho realce á tu hermosura.

DELFINA. — Las perlas me gustan mucho, es un deleite sentir las, parecen besos.

D. TEODORO. — ¿Besos?

DELFINA. — Lo mismo.

D. TEODORO. — (*Besándola en un hombro; en son de broma*). Toma una perla, entonces.

DELFINA. — ¡Ay! ¡Que boca fría!

D. TEODORO. — ¿Estás ya?

DELFINA. — Los anillos, me faltan los anillos.

D. TEODORO. — Iré poniéndome el sobretodo.

DELFINA. — (*Colocando sortijas en todos los dedos*). Dicen que la moda de los mitones de encaje volverá otra vez.

D. TEODORO. — ¿Éso dicen?

DELFINA. — Podremos las señoras lucir nuestras manos en el teatro; lo que es ahora con estos guantes tiranos.

D. TEODORO. — A la verdad que es una herejía esconder y torturar unas manos tan bonitas.



- DELFINA. — Cuando era soltera todos me ponderaban los ojos y tú las manos ¿por qué?
- D. TEODORO. — Que sé yo; dámelas que las bese.
- DELFINA. — (*Extendiéndolas*) Bueno, pero no en las uñas, me las empañarías.
- D. TEODORO. — Adorables manos.
- Voz de AUGUSTO. — ¡Papá!
- D. TEODORO. — ¿Hijito? — Es Augusto que nos viene á dar las buenas noches.
- DELFINA. — Entre nene.

ESCENA V

Dichos. — Augusto y después Ricardo.

- AUGUSTO. — (*Con una pizarrita*). Aquí está la plana.
- DELFINA. — ¿Palotes todavía?
- AUGUSTO. — No, mamá, letras.
- D. TEODORO. — ¿Letras? A ver, á ver. Pero muy bien. (*Enternecido*). Mira, Delfina, que monada, letras.
- AUGUSTO. — Es un trabajo bárbaro.
- DELFINA. — (*Ocupada en las minucias de los últimos toques de su toilette*). ¿Sí? ¡Encanto mío!
- D. TEODORO. — (*Examinando la pizarra con el interés que se contempla una obra de arte*). ¡Muy bien!
- AUGUSTO. — Del otro lado hay palabras.
- D. TEODORO. — ¡Palabras!
- AUGUSTO. — Sí, pero con las dos manos.
- D. TEODORO. — ¿Cómo con las dos manos?
- AUGUSTO. — La mía y la de Miss Nora.
- D. TEODORO. — ¡Ah! (*leyendo*). Pa-pá, ma-má, pam-pa, plane-ta.
- DELFINA. — Que adelantado. El domingo al circo.
- AUGUSTO. — ¿Cuándo es domingo mamá?
- D. TEODORO. — (*Besando al chico*). Muy pronto, hijito.
- RICARDO. — (*Entrando con una carpeta que dejará sobre el escritorio*). Con permiso. Aquí está todo.

- DELFINA. — Muestra á Ricardo los progresos del nene.
- D. TEODORO. — (*Pasándole la pizarra*). Sus primeras letras.
- RICARDO. — (*Acariciando al niño y devolviéndole la pizarra*). Muy bien Augustito, mereces un premio.
- AUGUSTO. — ¿Y cuándo te vas á casar con mamá?
- D. TEODORO. — (*Riendo de buena gana*). ¡Pero tonto, si eso no puede ser!
- AUGUSTO. — ¿Y cómo siempre la está besando? (*Ricardo se inmuta*).
- D. TEODORO. — (*Clavando los ojos en los culpables*). ¡Niño!... Vaya, hijito á dormir.
- DELFINA. — (*Con una mueca que quiere ser una sonrisa*). ¡Qué niño, Dios mío!
- D. TEODORO. — Vaya, hijo, vaya. (*Váse Augusto*).

## ESCENA VI

Los mismos menos Augusto

(*La mujer que ha tenido un momento de vacilación y se ha dejado caer en un sofá, logra dominarse y acomodándose en su asiento como si estuviese en su palco se apresta á fingir. El amante apoyado á la estufa, anonadado; su cómplice trata de reanimarlo con un imperioso ruego de toda su acilud. El marido da unos pasos indeterminados mirando á uno y á otro. Los gritos del Silencio repercuten al unísono en las tres almas atadas*).

D. TEODORO. — ¿Han oído?

DELFINA. — ¿Pero, qué te figuras?

D. TEODORO. — ¡Me figuro! . . .

DELFINA. — ¿Cómo puedes pensar?

D. TEODORO. — (*Cuya trágica emoción aumenta á cada palabra*). ¡Me figuro! . . . (*Tomando á Delfina por los brazos, hundiendo sus miradas en sus ojos*). ¡Si yo no me figuro nada; si yo estoy viendo! lo veo todo.

DELFINA. — ¡Me haces daño!

- D. TEODORO. — (*Empujándola al sofá*). ¡Lo veo todo, todo! . . .
- RICARDO. — (*Adelanta un paso, alta la pálida frente, sereno como quien afronta con valor una determinación*). Ella es la víctima y yo el reo. El más culpable, el único culpable . . .
- DELFINA. — (*Llorando*). ¡Los dos!
- RICARDO. — La pasión, una locura, el destino, hicieron de mí un miserable. ¡No me perdono!
- D. TEODORO. — (*Apoderándose de un puñalito cuyo mango brilla siniestramente entre las hojas de una novela*). ¿Qué no te perdonas? ¡Yo tampoco! Estas cosas ni se olvidan ni se perdonan jamás.
- RICARDO. — ¡Haga, pues, justicia en mí! (*Ricardo presenta el pecho; don Teodoro va á herir en un movimiento primo; Delfina se incorpora, trémula de expectativa, con los dedos crispados, pronta á abalanzarse como una pantera sobre su marido*).
- DELFINA. — ¡No!
- D. TEODORO. — (*Volviéndose como si lo hubiera picado una serpiente*). ¿Tú? ¡oh! (*pausa*). ¿Justicia? Partirles á los dos el corazón. ¿Y para qué, Dios mío, para qué? (*Arrojando el arma*). ¡Ha sido como un rayo! (*Torna Delfina á sollozar y Ricardo á su primitiva actitud de desaliento*). Como á esos árboles elegidos por la fatalidad, de pie, me ha partido el rayo. (*Apretándose los ojos y llorando*). ¡Ha sido como un rayo! ¡Ha sido como un rayo! (*pausa*). (*Con forzada tranquilidad*). Por el amor de mi hijo impondré á mi corazón el sacrificio inmenso de una muda resignación.
- DELFINA. — ¡Pobrecito!

D. TEODORO. — De una silenciosa resignación. El mejor tesoro de los hijos debe ser el buen nombre de sus padres. El mejor tesoro de un hombre es el recuerdo puro y santo de su madre. No trepido en sepultar este dolor dentro de mí.

DELFINA. — ¡Que desgracia!

D. TEODORO. — (*Arrojando el sobre al fuego*). Este sobre ya no puede ir á su destino. En cuanto á la carta, tome, guárdela usted; habla de mi vida y habla de sus prendas de hombre honrado; es mi alma toda entera en unas cuantas líneas; es toda mi dicha y toda mi desgracia; es mi castigo, tómela. (*Ricardo con los ojos bajos toma la carta en silencio*).

DELFINA. — No sabíamos lo que hacíamos. No le odies. Perdónanos.

D. TEODORO. — (*Friamente resuelto, como hombre que se ha impuesto una norma de conducta para el porvenir*). Nuestra vida ha sufrido un cruel desgarramiento, pero nuestra vida íntima solamente; por lo demás cumpliremos con nuestros hábitos de todos los días. Esta noche, señora, iremos al teatro.

DELFINA. — ¿Qué dices?

D. TEODORO. — Nos condenamos á fingir eternamente.

RICARDO. — (*Que ha dejado sigilosamente la carta dentro de la carpeta*). Yo también tengo resuelta mi norma de conducta. Cumpliré con mi deber.

DELFINA. — (*Que le ha visto esconder la carta, poniéndose de pie, como iluminada*) ¡Que piensas!

RICARDO. — Lo que debo hacer.

DELFINA. — ¡Ah, no, Dios mío, no! ¿Matarte? ¿Vas á matarte? ¡Si lo hicieras me mataría yo mil veces!

D. TEODORO. — (*Fuera de sí, con impulsos de estrangular á su mujer*). ¡Pero desgraciada! ¿Has enloquecido? ¡Quieres que te mate!

RICARDO. — (*Interponiéndose, despiertas en él todas las altiveces de hombre y de amante*). ¡Porque no mató cuando debía! ¡Esto no lo puedo permitir, no puedo!

D. TEODORO. — (*Tapándose los ojos cae como fulminado*).

DELFINA. — ¡No quiero que te mates, no te matarás, no, no! Vete.

RICARDO. — ¡Delfina!

DELFINA. — ¡Vete! ¿No me abandonarás?

RICARDO. — (*Besándola*). ¡Nunca!

DELFINA. — ¡Adiós! (*Váse Ricardo*) (*pausa*). (*Después de unos instantes de indecisión y angustia, Delfina va á socorrer á don Teodoro que se incorpora como quien sale de un sueño*).

DELFINA. — ¡Teodoro! ¡Teodoro! (*pausa*).

D. TEODORO. — ¡Oh mujer! ¿Qué has hecho de mi vida?

DELFINA. — ¿Y tú, qué hiciste de la mía?

TELÓN

EMILIO ORTIZ GROGNET.

Buenos Aires, Junio 1907.



